

LA NUEVA SEDE, UN BUEN EDIFICIO, SIN MAS.

Después de un meritorio primer premio en un concurso de buen nivel, Agustín García del Castillo, y su equipo de colaboradores están viendo concretado su proyecto. Basado en una idea de la búsqueda total de la luz, con una peligrosa cenitalidad, un lenguaje limpio y moderno, con una secuencia de pozos de luz que organizan tres crujías o pastillas paralelas a fachada rematadas por un gran cajón con aperturas en su cubierta que será la pieza que remate el edificio. Estas cuatro piezas se sustentan sobre un gran basamento o podium formado por el acceso y los espacios abiertos al público en general. Sigue el orden clásico de basa columnaria, piezas verticales y una ligera coronación de traslucidos. El silencio formal es de agradecer, incluso de destacar en el cajón final.

Un edificio que llena el solar ocultando la medianería que tanto pesa sobre él, abriéndose al sureste y protegiéndose con unos brise-soleil en estas dos fachadas, poco esbeltos y de escaso efecto en junio. A la ganancia lumínica se suma la idea de la gran sala de recepción columnada, la flexibilidad para unir este espacio al salón de actos y las perforaciones de este gran cajón con vocación cenital (aunque las gruesas costillas estructurales le provocan una pesadez que no se corresponde con lo liviano de sus cierres). Hay que destacar las líneas oblicuas que tensionan tanto la planta como la sección desde la entrada hasta el pequeño patio sobre la rampa o desde la bajada al almacén de Oretania hasta el patio trasero.

El equilibrio entra la horizontalidad de la planta baja, diáfana, con la verticalidad de las cuatro pastillas, que se coronan con tamices traslucidos para filtrar los excesos provocados por la meridionalidad de nuestra tierra, se ve oscurecido por la pobre resolución de las aberturas norte y este, que son espacialmente, remates que dan continuidad a las visuales, y la triste comunicación desde el garaje. Pladur blanco y vidrios fijos se articulan con discreción y corrección, naciendo de una base pétreo. En conclusión, un buen ejercicio, discreto y austero pero sin brillantez. El Colegio no ha querido asumir riesgos que hagan de su sede algo más que un buen edificio, sin buscar un solución radical, innovadora, o ejemplo de investigación espacial.

Merecen una alusión los buenos trabajos que se presentaron al concurso, hace dos años, aportando distintas ideas, enfoques y lenguajes, como el accésit de Nieves Cabañas, con una idea que asumía más riesgos y implantándose de una forma más contundente y más inteligente sobre el solar, utilizando un lenguaje pregnante en la piel, articulando el edificio en tres zonas de distinta altura y bien conectadas, destacando su apertura a la ciudad, su transparencia y la investigación en las relaciones con el entorno edificatorio, aspecto que no se cuida en los demás trabajos.

Los Hnos. Gómez Ruiz con el segundo accésit definieron una pieza monolítica horadada por un par de patios sin demasiada intensidad, aunque utilizan soluciones de control lumínico y térmico similares al ganador, carecen de la fineza en las conexiones.

El tercer accésit de Verastegui nos propone un edificio levantado al fondo del solar sobre una base alrededor de un patio que articula la entrada, con un error en la orientación pues no esconde la gran medianería del oeste, y dispone el salón de actos en lo alto.

La solución de Almoguera nos recuerda a los trabajos de Cano Lasso con su formalismo cubista, disponiendo la planta alrededor de un gran patio, solución clásica.

García Navarro y Racionero nos introducen en una arquitectura simbólica con un gran frente de fachada a modo de atrio con escalinata en forma de rampa y enormes lucernarios, de planta peor resuelta, compacta y clasicista.

Garrido Santos ocupa la derecha del solar, mostrando la enorme medianera, en una búsqueda de luz de poniente (poco aconsejable), aunque proponía un acceso-calle perpendicular a fachada con vocación urbana.

Humbert desarrolla una potente escalera lineal con un gran cajón vacío a la entrada, formalismo espacial, disponiéndose el programa de forma perpendicular a fachada, con dudosas vistas.

Lozano Urraca nos recuerda las raíces castellano-manchegas con un rígido postmoderno de galerías de columna-capitel. Pena y Rivas desarrollan demasiados materiales dentro de un esquema compacto, aterrazado al norte, y con grandes aperturas al sur, de difícil control climático. Ramírez de Arellano, lo resuelve valientemente, aportando dos edificios separados, con un gran volumen exento, aunque no muy bien conectados.

Con la nueva sede en funcionamiento, contaremos con una serie de espacios mucho mejores para desarrollar actividades abiertas al público, y donde nos comuniquemos todos los compañeros.

Teodoro Sánchez-Migallón Jiménez. Arquitecto